

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO, Nº 17, AÑO VI, 29 01 2017

CONVERSIONES: ANDRÉ FROSSARD

El padre de André Frossard fue Louis-Oscar Frossard, uno de los fundadores históricos del Partido comunista francés, y líder del mismo durante 31 años.

André Frossard nació en Francia en 1915. "Eramos ateos perfectos, de esos que ni se preguntan por su ateísmo. La tierra era una combinación de elementos químicos reunidos en formas caprichosas por el juego de las atracciones y de las repulsiones naturales".

"Mis padres habían decidido, que yo escogería mi religión a los veinte años. Rechazábamos todo lo que venía del catolicismo, con una señalada excepción para la persona humana de Jesucristo. No éramos de los suyos, pero Él habría podido ser de los nuestros por su amor a los pobres, su severidad con respeto a los poderosos, y sobre todo por el hecho de que había sido la víctima de los situados más alto, el injustificado por el poder y por su aparato de represión".

Pero sin tener mérito alguno, Frossard, porque Dios quiso, fue el afortunado en recibir el regalo de la conversión. "Sobrenaturalmente, sé la verdad sobre la más disputada de las causas y el más antiguo de los procesos: Dios existe. Yo me lo encontré".

"Habiendo entrado, a las cinco y diez de la tarde, en una capilla del Barrio Latino en busca de un amigo, salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no era de la tierra. Habiendo entrado allí escéptico y ateo, volví a salir, algunos minutos más tarde, católico, apostólico, romano, llevado, alzado, recogido y arrollado por la ola de una alegría inagotable. Al entrar tenía veinte años, al salir, era un niño, listo para el bautismo. Mis sentimientos, mis paisajes interiores, ya no existían; mis propias costumbres habían desaparecido y mis gustos estaban cambiados. No cuento cómo he llegado al catolicismo, sino como no iba a él y me lo encontré".

Se cansa de esperar a su amigo, que tarda más de lo previsto en aparecer. Movido por una especie de curiosidad artística, entra en la capilla y una vez cruzado el umbral se detiene e intenta reconocer a su amigo entre las personas arrodilladas y examina el lugar:



"Mi mirada pasa de la sombra a la luz, vuelve a la concurrencia sin traer ningún pensamiento, va de los fieles a las religiosas inmóviles, de las religiosas al altar: luego, ignoro por qué, me fijo en el segundo cirio que arde a la izquierda de la cruz. No el primero, ni el tercero, el segundo. Entonces se desencadena, bruscamente, la serie de prodigios cuya inexorable violencia va a dismantelar en un instante el ser absurdo que soy y va a traer al mundo, deslumbrado, el niño que jamás he sido".

A partir de ahí Frossard detalla la sucesión de extraordinarias vivencias que sacuden su alma: **"No digo que el cielo se abre; no se abre, se eleva, se alza de pronto..."** A pesar del alto grado de estupefacción en que se halla Frossard en aquellos momentos, acierta a describir, como puede, lo que está viviendo... habla sobre todo de una luz indescriptible, que podría destruirle si alcanzara un nivel más transparente y densa a la vez... Luego se centra en describir la divina realidad que se le evidencia:

"Él es la realidad, Él es la verdad, la veo desde la ribera oscura donde aún estoy retenido. Hay un orden en el universo, y en su vértice, más allá de este velo de bruma resplandeciente, la evidencia de Dios; la evidencia hecha presencia y la evidencia hecha persona de Aquel mismo a quien yo habría negado un momento antes, a quien los cristianos llaman Padre nuestro... Su irrupción desplegada, plenaria, se acompaña de una alegría que no es sino la exultación del salvado, la alegría del naufrago recogido a tiempo..."

"Ese acontecimiento iba a operar en mí una revolución tan extraordinaria, cambiando en un instante mi manera de ser, de ver, de sentir, transformando tan radicalmente mi carácter y haciéndome hablar un lenguaje tan insólito que mi familia se alarmó. Se creyó oportuno hacerme examinar por un médico amigo, ateo y buen socialista. Después de conversar conmigo y de interrogarme, pudo comunicar a mi padre sus conclusiones: era la "gracia", dijo, un efecto de la "gracia" y nada más. No había por qué inquietarse. Hablaba de la gracia como de una enfermedad extraña. ¿Era una enfermedad grave? No. La fe no atacaba a la razón. La enfermedad evolucionaba por sí misma hacia la curación, duraba generalmente dos años y no dejaba ni lesión, ni huellas. No había más que tener paciencia.

Se me rogó que me abstuviese de todo proselitismo en relación con mi hermana menor. Ella se convertiría a pesar de todo al catolicismo, y mi madre también, bastantes años después de ella".

Frossard escribió el libro de su conversión: **"Dios existe. Yo me lo encontré"**, que mereció el Gran Premio de la literatura Católica en Francia en 1969, y que se convertiría en un best-seller mundial.

En 1985 fue elegido miembro de la Academia Francesa. Muere en París en 1995 a los 80 años de edad, tras haber sido uno de los intelectuales católicos franceses más influyentes de su país en el siglo XX.